



polar el análisis de una a otra situación; sin embargo, recordar y “ahondar en el pasado es sólo una vía para alcanzar las bases en que descansa la sociedad y que permanecen ocultas”, es decir, agregamos, poder y querer ir a los símbolos en lugar de que nos los traigan, pues en esa acción comprobamos su caducidad y su vacío.

El segundo bosquejo para reflexionar es el siguiente: “El principio del siglo XIX es una época de optimismo; lo es también, empero, de irritación y descontento”, descripción para ver a contraluz el fin del siglo XX, época de creciente desilusión y pesimismo, pero también de irritación y descontento. Quizá en esa diferencia se encuentre la clave del futuro.

Jorge Esqueda Hernández

Villoro, *El Proceso ideológico de la Revolución de Independencia*: 1a. edición 1953, 4a. edición 1984. México, UNAM, 270 pp.

### LA REVOLUCIÓN NO ES UNA NOVELA

En 1913, Ambrose Bierce, escritor y periodista estadounidense decide dejar su país, cruzar el río Bravo y en una actitud eutanásica aventurarse en la batahola hirviente que por entonces era México. Nunca se supo más de él.

Inspirado en este personaje legendario, Carlos Fuentes intenta recrear su presunto derrotero. El escritor mexicano nos presenta al prófugo escritor como un sujeto desengañado de su actividad periodística y frustrado de su vida afectiva, que ve en el agitado y riesgoso momento mexicano la posibilidad de, al involucrarse en él, expiar sus culpas y resarcir sus frustraciones por medio de una implacable pero sencilla solución: la muerte.



El innombrable norteamericano de 71 años, cuyo único apelativo es el de Gringo Viejo, por lo que carece de identidad, franquea la frontera, llega a Chihuahua y se integra a las filas del general villista Tomás Arroyo. De inmediato, se gana su confianza al demostrar su valentía en el combate, que “está dada menos por un valor guerrero que por el deseo de morir, que lo vuelve temerario en las batallas contra el ejército federal. Ningún ideal lo mueve a unirse a los villistas, ninguna sed de justicia o de vocación internacionalista: su móvil es el anhelo de desaparecer del mundo, y la Revolución Mexicana es un buen lugar para conseguirlo (“el Gringo Viejo vino a México a morir”, adivina un coronel al verlo por primera vez.).

Al lado de este personaje, Fuentes delinea otro paralelo: una joven estadounidense de treinta y un años, que decidió igualmente dejar su país, e impulsada por una retahíla de motivos más o menos inconscientes de pronto se encuentra en las mismas condiciones que su coetáneo anciano.

El tercer personaje importante de la novela es el general Tomás Arroyo, quien enamora a la gringuita y consigue poseerla en varias ocasiones, en parte amenazándola con matar al gringo viejo, y en parte seduciéndola a la buena, al grado de lograr que experimente un orgasmo paroxístico como nunca en su vida lo había tenido.

Fuentes sugiere que el mexicano encarna una suerte de barbarie; el Gringo Viejo la decadencia de Norteamérica, y la joven el optimismo civilizador del vecino país. Al final de la novela, el general asesina al Gringo Viejo por una doble causa: la insubordinación y los celos. Pero el remate del libro no podía ser más imaginativo. Súbitamente aparece el general Villa en persona, se entera del asesinato del gringo, ordena desenterrarlo, lo mata simbólicamente por segunda vez en un paredón, entrega el cadáver a la joven norteamericana y se despacha al general Arroyo por haber permanecido más de lo debido en una hacienda donde había



transcurrido su niñez, y donde ocurrieron los acontecimientos con los dos gringos. Mueren pues, la barbarie y la decadencia, sobrevive el optimismo civilizador.

La novela de Fuentes es poco fecunda. No tiene mucho que decirnos. Le falta vena. Ni el consabido tema de la Revolución, ni el de los gringos que la viven de algún modo, son explotados efectivamente. Si bien la obra está escrita con indudable precisión y profundo dominio del lenguaje y posee momentos afortunados, la prosa es huera y se agota en sí misma; recuerda a un pianista que técnicamente es infalible, pero que carece de la chispa capaz de conmover a sus escuchas.

Las influencias que permean la trama son obvias. La relación sexual entre la joven norteamericana y el general villista, en mucho transcribe la que D. H. Lawrence relata en *La serpiente emplumada*. La decisión de la joven de renunciar a la comodidad clasemediera e internarse en espacios ignotos y misteriosos en el norte de México es, con algunas diferencias, lo que sucede en otro relato de Lawrence titulado *La mujer que partió a caballo*. La actitud del gringo viejo de escoger México como escenario de sus desesperanzas y conflictos, es el tema central de *Bajo el volcán* de Malcom Lowry; el final de ambas obras es casi igual.

*Gringo Viejo* es alarde de control técnico del lenguaje y la estructura, pero ausencia de autenticidad. Un tufillo artificioso parece enroscarse y aprisionar cada una de las frases y oraciones que vamos leyendo. Y una obra literaria no sólo es bienhechura, sobre todo es vida.

Jorge García-Robles

Carlos Fuentes, *Gringo viejo*. México, FCE, 1985, 187 pp.